

Segundo autorretrato.

G. XVII

85



Desnuda del ardiente yelmo de oro,
que de su propio fuego fué pavoroso,
la frente, aya alvida en tanta empresa,
tiene hoy grave y ascético decoro.

Calló el voluptuoso y dulce coro
en cuyo hechizo estuvo el alma presa.
El latido, sin desear, ya no besa
y es elogia el unánime canoro.

Me abandoné la voluntad, causada
al juego caprichoso de la suerte.

No areguré mi pan ni alcé mi techo.
Y me acerco al final de la jornada
dormido el corazón, la carne inculta,
sin luz los ojos y sin llama el pecho.

L. Núñez del Corral

Así te llevo yo, aun...

9-XVII

86



A la vera de unos chopos,
hago un alto en el camino,
entre reverencias verdes
y bajo arrullos de ridos.

En el azul se recorta
el perfil del caserío
que, allá en el pueblo, alumbra
en dulce sopor estivo.

El sol se fumba en las eras,
de su propio ardor vencido.

Como chiquitos traviesos,
le hacen cosquillas los trillos.
Van los mairales de gala,
con penachos en greñes,
y de dardos platibantes
erizase los olivos.

Un moscardón bordonea
la siesta con su zumbo,
añoran flores sedientas
samaritanos rocos,
y, a mis pies, un claro arroyo
se lleva el paisaje al río.

¡Así te llevo yo, aun,
adonde yo voy, concurso!

La sombra perisgia al sol
y el sol, viéndole perdido,
echa a correr monte arriba
y se esconde tras los pinos.
Cruza un labriego en su mulo
cantando un cantar antiguo
que cantaron sus abuelos
y que cantarían sus hijos.
El humo de los hogares
es incienso campesino
que, de maestras aras,
sube al cielo, como un rito.

Un vigilante cortejo
de espíritas va hacia el afonico
y va sembrando oraciones
del Angelus vespertino.
Descendida de sus ojos
y los cabellos cenidos,
la tarde quiere acostarse
en el bache del camino.
Pero el arroyo, a mis pies,
se lleva la tarde al río.
¡Ah!, aun, tú llevo yo,
adonde yo voy, conmigo!

Pae la noche dulcemente
sobre los campos dormidos,
como el beso de la muerte
sobre la frente del niño.
Se oyen voces de mujeres
que llaman a sus chiquillos
y centinelas de perros
bajan alertas de los ríos.
Cruza una rana en un charco
y le contesta un cuculillo.
En la hierba se agazapan
un contrapunto de grillos.
Un niño, en la gronda,
está barrachos de trinos.
Las bellas endemoniadas
se hacen, en el cielo, grillos,
y la noche se encandela
de espítalamios furtivos.
La luna, que nació a imbar,
en plata se ha convertida.
¡Pero el arroyo también
se lleva la luna al río,
como yo te llevo siempre,
adonde yo voy, conmigo!

Luis Prieto de la Cruz

San Adrián (Navarra) - agosto - 1941.

G-XVII

86



TRIO

9. XVII
87



A Guillermo Fernández-Fernández

Llora el piano y el violín solloza,
y refugian los dos su desconsuelo
en el pecho viril del violonchelo.
El patético adagio se alborota

en pastoril scherzo, que retro
en verde prado bajo limpio cielo.

Alzarse luego un poderosa anhelo
que ~~surge~~^{mueve}, al fin, y de su triente gora.

Calla, de pronto, el cristalino clavicordio;
calla el dulce violín, y el cello gruta...

Hay un silencio henchido de armonía...

Ha pasado Beethoven, y su paso
en guía, entre las sombras del ocaso
a la luz matutinal de la Alegría.

Enrique Martínez de Haza

Madrid - 11 - enero - 1942

Como Din manda...

A Guillermo Fariña - Shour.

- Enciende las estrellas
- manda Din a su ángel farolero.
y el ángel va prendiendo una claridad
de plata en los celestes reverberos.
- Suelta el grifo del agua
- manda Din a su ángel ~~puerto~~ fontanero
el ángel suelta el grifo; el agua corre...
hasta que hoy que avisan a los bomberos.
- Divierte a los chiguillos
- manda Din a su buen ángel niño.
saca el ángel su caja de pinturas,
y pinta el arco iris en el cielo.
- Mi par lleva a los hombres
- manda Din a su ángel mensajero.
Y en mano de los hombres que el ángel...
y los hombres te dan luego el pase

Guillermo Fariña